

“¡Y qué claramente vio las cosas don José! ¡con qué acierto me predijo lo que había de pasar! No había conseguido entibiar mi optimismo, cuando se me presentaron el hoy alcalde de Murcia don José Moreno y el capitán de Artillería señor Ferrán a aconsejarme que me volviese a Madrid; porque los comprometidos se volvían atrás al ver acercarse el momento... Pero ¿a qué hablar de lo que en Murcia ocurrió ni del proceder de señores que ahora sirven a la República como fervientes que, quizás, sueñan con que expusieron su vida por traerla? No; de Murcia no debo hablar más que del Teniente Coronel Sánchez Casas que sin estar comprometido acudió a mi llamamiento y procedió y sufrió prisión como un caballero y del citado don José Moreno y su cuñado: de don Francisco Pato en cuya casa estuve oculto dos días, y de algunos otros amigos con cuya amistad me siento orgulloso.

“Hubo algunos más que procedieron con exquisita caballerosidad, que por su condición destaco en estas líneas. Fueron los guardias de seguridad que, comprometidos, estuvieron en contacto conmigo hasta los últimos momentos, esperando siempre que quienes estaban más obligados cumplieran su palabra empeñada, y sólo me dejaron cuando su permanencia a mi lado podía poner de manifiesto su compromiso; pero al marcharse me prometieron acudirían a mi llamamiento en cuanto les llamase.

“Fracasado el movimiento en Valencia y en todas partes —pues sabido es que todos los comprometidos faltaron a su palabra excepto los artilleros de Ciudad Real— pensé en volver a Madrid preparando por el camino la coartada, para lo que convinimos lo que unos cuantos habíamos de decir, en el caso de que la policía comprobase que yo había estado en Murcia, de donde salí con la cédula del Director del Instituto señor Rivera. Marché a Archena, en donde convine con los señores Spreáfico —en cuya casa había parado las dieciséis horas que allí estuve a la ida— en lo que habríamos de declarar si se averiguase que yo había ido a Murcia, o solamente hasta Archena, y después de almorzar con amigos por mí tan queridos, hoy, continué a Albacete en un taxi, después de despedir al que me había llevado desde Murcia.

“No pude ver al señor Cortés¹³; pero estuve en casa del señor Orovitg,

13. La vuelta a Albacete del general la cuenta también el doctor Cortés: “¡Qué gran papel el de Pedro José Cortés en aquella ocasión! Sirvió de enlace entre Ferrús, Orovitg y yo. Figúrese usted que llega a Albacete, huyendo, el general Queipo de Lla-